

Alemania-Oeste

LAS GRIETAS DEL "MILAGRO"

OPEL cierra por una semana. Volkswagen reduce su producción un diez por ciento. La industria alemana produce ya el dos por ciento menos que hace un año; la actividad de la construcción ha reculado más de un cinco por ciento y se prevé, para finales de este invierno, trescientos mil parados solamente en este sector. Según los últimos sondeos, la inversión industrial corre el riesgo de disminuir en un doce por ciento en 1967.

La cuarta parte del millón trescientos mil trabajadores extranjeros que había reclutado Alemania en la zona mediterránea volverán de sus vacaciones de fin de año con temor de despido. Los expertos calculan que para la primavera quedarán en paro por lo menos setecientos mil de ellos. La máquina económica alemana se ha agarrotado. Su expansión en los próximos cuatro años oscilará entre el dos y medio y el cuatro por ciento anual, esto es, muy por debajo de la tasa de crecimiento francesa. Desde 1961, no ha superado el cinco por ciento más que una sola vez, en 1964.

un despertar penoso

Muchos franceses han estado a punto de frotarse las manos por ello. Se equivocan. El insano placer que les inspiran las dificultades de la economía alemana, de este coloso a quien temen, admiran y detestan a la vez por la Gründlichkeit, la Tüchtigkeit, el espíritu de organización y el endiosamiento, no durará mucho tiempo. Desde hace una decena de años Alemania es la locomotora económica de Europa. De toda Europa, incluso de Suecia, Austria, Dinamarca y Suiza. Desde hace una decena de años, la insaciable máquina económica alemana está buscando por todos los rincones de Europa materias primas, máquinas, bienes de consumo, hombres, instala filiales en el extranjero, ofrece mercados a las industrias y a las

agriculturas extranjeras y alimenta su expansión con la propia.

Esto se ha acabado ya. El despertar puede ser penoso. Cerca de la cuarta parte de todas las exportaciones francesas se dirigen a Alemania Occidental. Esta absorbe más del cinco por ciento de la producción francesa. El fin del «milagro alemán» en vez de dar a Francia una oportunidad de superar su retraso, corre el riesgo de ser un obstáculo para su propio crecimiento. Y una industria

alemana rindiendo al ochenta y cuatro por ciento de su capacidad —el nivel más bajo desde hace diez años— ofrecerá una competencia más peligrosa para las industrias vecinas que en el pasado.

Esta conmoción en la actual coyuntura económica estaba prevista desde hace tiempo: desde 1960. Si no se ha producido más pronto ha sido gracias a los sindicatos alemanes. Efectivamente, hasta 1960 los obreros alemanes trabajaban tanto como

los franceses (cuarenta y cinco horas semanales) y ganaban menos que ellos. La industria invertía masivamente. Al no ganar los asalariados lo suficiente para poder consumir las riquezas producidas, Alemania Federal acumulaba gigantescas reservas en divisas. La exportación era motivo de su crecimiento, pero no es posible exportar indefinidamente más que cuando no se consume. En 1960, por tanto, la expansión alemana parecía haberse quedado sin aliento. Fue impulsada de nuevo gracias a la presión irresistible de los sindicatos.

un alza del cuatro por ciento anual

Los sindicatos consiguieron, un año con otro, aproximadamente, un diez por ciento de aumento de salarios. Obtuvieron la reducción de la semana laboral, de cuarenta y cinco horas en 1960 a cuarenta y una en este año y a cuarenta en 1967. El obrero alemán trabaja hoy en día aproximadamente unas ciento veinte horas menos al año que los franceses, mientras gana del diez al veinte por ciento más.

Gracias a estos éxitos del sindicalismo, el mercado interior ha podido tomar el relevo de la exportación como motor de la expansión alemana. Los alemanes han comenzado a consumir tantas riquezas como producen. Sus exportaciones han equilibrado las importaciones. El verdadero milagro alemán se produjo en el período de 1960 a 1966.

Durante todo este período, los salarios han aumentado más rápidamente que la productividad. Jamás, en ningún sitio, se había visto esto en un período tan largo. Todo esto sucedía como si la burguesía alemana recortase sus beneficios a fin de poder pagar salarios más altos. Los patronos franceses que no hacen más que repetir que una industria sana debe poder autofinanciar su crecimiento gracias a sus propios benefi-



La casa Krupp es algo así como un símbolo de la industria alemana, que gira prácticamente en torno a ella. Recientemente ha celebrado su 150 aniversario.



La cuarta parte del millón trescientos mil trabajadores extranjeros que ha reclutado Alemania volverán de sus vacaciones de fin de año con temor al despido.

cios, y a los que les gusta explicar el «milagro alemán» por las tasas del elevado autofinanciamiento de las industrias del otro lado del Rin, tendrían que meditar sobre las siguientes cifras:

- En 1960, el autofinanciamiento cubría en Alemania Occidental la mitad de las inversiones brutas, el 17,8 por ciento de las inversiones netas.

- En 1964, el autofinanciamiento no cubría en Alemania más que el 10,7 por ciento de las inversiones netas, frente al 18,5 por ciento en Francia. El mismo año, los capitales propiedad de las sociedades industriales representaban sólo el treinta y ocho por ciento de los capitales invertidos.

En muy poco tiempo, la industria alemana había sabido trabajar más que cualquier otra con el dinero de los bancos y se procuraba en el mercado financiero el noventa por ciento de las sumas que precisaba para nuevas inversiones.

Lo hizo bien. Buena parte de su eficacia se debió al control de los bancos. Estos aseguran, por sectores, la función de planificación que tan mal se hace en el plan francés. El banquero alemán descansa generalmente en decenas de «consejos de supervisión»; puede comparar la polí-

tica de decenas de firmas, beneficiarse de las experiencias de los demás y coordinar las inversiones de los grupos concurrentes.

¿Por qué la economía alemana ha terminado por agarrarse? Porque los bancos alemanes son privados y continúan invirtiendo principalmente en la industria (donde los capitales rinden el quince por ciento) en un momento en que los servicios públicos y colectivos —carreteras, transportes, enseñanza, urbanismo, lucha contra la contaminación atmosférica, salud—, tanto tiempo sacrificados, se convierten en vaciadero para toda la economía. Para hacer frente a las necesidades colectivas, el presupuesto de 1966 del estado federal fue incrementado en un 8,5 por ciento, el de los länders en un once por ciento, el de los municipios en un catorce por ciento. A falta de una política pública de prioridades y de una planificación de las inversiones, los patronos, los municipios, los länders y el estado asedian a los bancos.

cambio de lógica

Esta inflación de todos los gastos

provocó la inflación de los precios: un alza anual del cuatro por ciento. Y el presidente de la Banca Federal, señor Blessing, reaccionó ante esta inflación como cualquier otro en circunstancias similares: mediante restricciones severas e indiscriminadas del crédito. Su efecto fue tanto más espectacular por cuanto la industria alemana, incluso la gran industria, vive de los empréstitos.

Según los patronos alemanes esto probaba una vez más que la economía tiene necesidad de un contingente de parados. Los obreros se habían vuelto demasiado ávidos. El paro debe hacerles volver a la razón y permitir el bloqueo de los salarios.

La realidad no es tan sencilla. Indudablemente, cada vez que las reivindicaciones sindicales han conseguido sacar tajada de los beneficios industriales, el capitalismo europeo ha reaccionado con la inflación, seguida inmediatamente de una «cura» de deflación, acompañada del paro y del bloqueo de los salarios. Esto es lo que sucedió en Francia en 1957 y 1963, en Italia en 1963 y 1964, y en Gran Bretaña en 1964 y 1966.

¿Qué consecuencias hay que sacar de esto? ¿Harían mejor los sindica-

tos en permanecer tranquilos, aceptar una estricta disciplina reivindicativa a la que se les invita por doquier? No necesariamente. La verdadera conclusión es que los triunfos reivindicativos de los sindicatos terminan siempre por volverse en contra de ellos cuando quebrantan la lógica capitalista sin sustituirla a la vez por otra lógica: según el ejemplo alemán, la de una planificación pública de la inversión, en función de una escala pública de la inversión de prioridades concretas, fundándose en el control público del sistema bancario y de los precios.

Esta es la conclusión a la que ha llegado actualmente el ala más avanzada de los sindicatos alemanes (la de la metalurgia y la química). La «planificación» deja de tener poco a poco en Alemania un significado peyorativo. La mayor parte de sus técnicas se están ya utilizando. Sólo falta que el Estado se apodere de ellas para que exista.

MICHEL BOSQUET

(Fotos EUROPA PRESS y ALFREDO)